

El «lugar de enunciación»: sobre la realidad de la interpretación histórica

Lucía Carolina Muñiz Leal
Universidad Autónoma de Aguascalientes
lucia.muniz.leal@gmail.com

Nada se cuenta dos veces de la misma forma, ni con las mismas palabras, ni siquiera si el que cuenta dos veces es la misma persona.
Javier Marías, *Mañana en la Batalla piensa en mí*.

Introducción

Dejemos de lado la idea de que la historia es un encadenamiento de sucesos. Para nosotros, la historia sucede de manera contingente; si creyéramos que acontece de forma necesaria, entonces podríamos conocer su futuro. En estas primeras líneas podemos observar el problema *óntico-ontológico* de la realidad y, ligado a esto, también el problema *epistemológico* de su conocimiento. Abordaremos dichos problemas en función del esclarecimiento de los límites o alcances de nuestro interés primordial: la interpretación histórica, un problema *hermenéutico*, a partir de la categoría «lugar de enunciación».

El concepto de realidad que nos proponemos abordar aquí refiere a la narración de hechos históricos. En un primer

examen a esta referencia obtenemos, por un lado, vestigios históricos y, por otro, el discurso. A nuestro modo de ver, en la narración de la historia hay algo más que la contemplación de la realidad: hay que fijar nuestra atención en el espacio desde el que emerge el discurso. Dicho espacio es delimitado por el concepto «lugar de enunciación». Esta categoría, de Walter Mignolo, ubica al sujeto de conocimiento dentro de distintos espacios epistemológicos de enunciación. La diversidad de espacios no se refiere puntualmente al contexto histórico, cultural o social.

Comencemos por el principio. Como occidentales tradicionalistas podemos remontarnos al caos para explicar, de manera metafórica, dos posibles concepciones de la narración histórica: la primera, a partir de la idea de caos y la segunda, a partir de la idea de orden. Con base en la teoría del caos, no es posible predecir algo de forma necesaria. Baste mencionar las predicciones del clima y de los economistas para creerlo. Seamos serios, no hablaremos aquí del efecto mariposa. Nos referimos a la explicación de los procesos de la realidad desde la ciencia y de nuestro esfuerzo por interpretar la realidad desde el discurso histórico.

En un primer momento entendemos la narración histórica, metafóricamente, como caos. Esto se refiere a la imposibilidad de sostener una relación necesaria de causa y efecto entre un acontecimiento histórico y otro. No obstante, la relación temporal entre dos acontecimientos históricos será abordada más adelante. Si bien Aristóteles señaló que todo movimiento tiene una causa, pues de lo contrario sería ininteligible, en la teoría del caos no cabe un motor inmóvil. Es así que el movimiento no es la causa final en la historia. La supuesta explicación del encadenamiento de los hechos históricos a través del tiempo es una ilusión. Sin embargo, la teoría del caos señala

que sólo es cuestión de tiempo para comprobar lo contrario. Por ahora, baste con lo dicho al respecto.

En otro momento explicaremos de manera metafórica la narración histórica como orden. «En el principio era el caos y después se hizo la luz». El orden y la luz se oponen sólo de forma aparente al caos, pero no es la única lectura. Esta comprensión de la narración histórica como orden nos remite a la modernidad y a su afán por ordenar todo el conocimiento. Así, la historia echa luz sobre lo acontecido, nos permite verlo, ordenarlo, orientarlo y darle sentido.

Nuestra tesis parte de que ambas concepciones de la narración histórica producen una realidad con base en la interpretación de los hechos, ya sea como aislados o encadenados, ya sea como contingentes o necesarios. Con base en ello, nuestra tesis sugiere que la visión de orden necesario violenta la realidad y, frente a esto, proponemos el concepto «lugar de enunciación» como una categoría analítica del discurso narrativo basado en el espacio para comprender dicha realidad.

A continuación, nos daremos a la tarea, primero, de exponer la definición de la realidad a partir de la interpretación del discurso histórico ordenador; en segundo lugar, mostraremos la variabilidad de la realidad a partir de la interpretación del discurso histórico como narración de la contingencia; y finalmente, proponemos la categoría «lugar de enunciación» para delimitar la realidad con base en el espacio desde el cual emerge el discurso histórico.

Hermenéutica de una serie de eventos desafortunados

*Tu opinión inicial acerca de casi cualquier
cosa puede cambiar con el paso del tiempo.*
Lemony Snicket

Siglo XIX: el auge del positivismo. Durante este periodo ocurrió el distanciamiento entre la historia y la filosofía de la historia, lo que terminó en un giro metodológico que priorizó el hecho histórico como dato incuestionable. Posteriormente, en el siglo XX, el «hecho histórico» cayó en crisis, al ser imposible sostener su definición de pilar originario de la construcción de la historia. Con ello, el historicismo clásico llegó a su fin. Así, la supuesta independencia de sentido del mundo histórico dio paso a la concepción de la historia como un proceso dinámico en el cual los acontecimientos pasados llegan a ser el presente. En términos filosóficos, el proceso temporal se entendió como un devenir.

Conforme al historicismo, la realidad es el producto de un devenir histórico. En un primer momento podríamos coincidir con esta idea, pero consideramos que no es prudente pensar en un solo devenir o una sola realidad. Para el filósofo, historiador, sociólogo, psicólogo y hermenauta, Wilhelm Dilthey, la realidad es determinada por la historia, lo cual significa que cada época y sociedad tiene un horizonte de interpretación concreto y del cual se desprende su verdad. «Una teoría que pretenda describir y analizar los hechos histórico-sociales no puede prescindir de esa totalidad de la naturaleza humana y limitarse a lo espiritual» (Dilthey, 1949: 152). Dilthey consideró que la historia es indispensable para comprender la vida y sostuvo que toda manifestación de la vida debe ser comprendida como un producto histórico, pero sin las pretensiones universalistas de Hegel.

Nosotros rescatamos de Dilthey la idea de que sólo comprendemos la historia en cuanto que somos capaces de revivirla, puesto que el autor se propone expresamente a sustituir la razón universal hegeliana por la vida; es decir, sustituirla por la vivencia, la comprensión, la conexión histórica de la vida e incluso observa el poder de lo irracional en ella.

Antes de proseguir, hemos de señalar los puntos que rescatamos para los efectos de nuestra exposición. La concepción de la historia erigida sobre el hecho histórico sostenía una realidad verdadera, pero en condiciones desafortunadas, puesto que la edificación terminada de la realidad era sostenida en el hecho histórico, un cimiento que resultaba rígido e inamovible. Además, en la realidad no podemos observar hechos inamovibles, ni verdades universales. La observación de un hecho histórico no es una mera descripción, sino una interpretación equívoca.

Pero no es necesario perdernos en una diversidad de sentidos, el conocimiento histórico es posible y esto nos lleva a la historiografía. Esta materia tiene dos acepciones principales: primero, se refiere a la producción escrita del conocimiento histórico y segundo, a los profesionales de la historia que hacen de la historia una disciplina que atiende diferentes ámbitos; por ejemplo, historiografía positivista, historiografía ilustrada, historiografía del siglo xx, etc. Así, en cada área, la historiografía aporta conocimiento de la realidad. Nosotros estamos de acuerdo con José Gaos en que estas unidades han de ser tomadas como realidades que conforman la totalidad de la realidad histórica (Gaos, 1974). Como hemos mencionado, la historiografía puede tener cualquier apellido, es así que podemos hacer un recorrido histórico del pensamiento filosófico, por ejemplo.

Al respecto, Gaos señala que la palabra historia designa la realidad histórica, por un lado y, por otro, hace referencia a la ciencia que tiene por objeto de estudio la realidad histórica. La segunda acepción se aplica al concepto historiografía, en este sentido señala el autor que no vamos a hacer filosofía de la historiografía, sino a partir del conocimiento de ella; es decir, podemos hacer filosofía de la historiografía de la historiografía (Gaos, 1974).

Gaos supone que hacer filosofía de cualquier ciencia implica abordar la teoría sobre el objeto de estudio y es a partir de su reflexión que podemos constituir nuevas realidades. En consonancia, nosotros consideramos que ni la historia ni la historiografía pueden pretender ser meras descripciones de la realidad, ya que este acercamiento a la realidad implica una lectura e interpretación de los acontecimientos, es decir, un juicio subjetivo. De este modo sus pretensiones de verdad no pueden ser absolutas, sino que la verdad tendrá que procurar la objetividad con base en juicios que den cabida a la pluralidad.

Pensemos que la historia es abordada como la referencia de una realidad, o parte componente de la realidad, que nos provee de significado y tiene la posibilidad de ser interpretada. Incluso la historia puede ser reinterpretada. Conforme a la historiografía moderna podemos delimitar nuevos horizontes más allá de la perspectiva lineal del tiempo, tomando en cuenta, entre otras cosas, la espacialidad del contexto de los discursos narrativos.

Si un discurso se presenta como referencia de la realidad podemos suponer que está haciendo una interpretación. Puesto que, por más fidedigna que sea la descripción, podrá ser sujeta a discusión simplemente con base en la subjetividad de la observación. En tanto que la narración histórica resulta una

referencia para el conocimiento de la realidad, es primordial examinar las pretensiones de dicho proceso de interpretación. Este examen de la relación entre historia y hermenéutica, en el pensamiento contemporáneo, es abordado por Hans George Gadamer y su estudio nos permite comprender la experiencia constructiva de la realidad y su conocimiento.

Pero antes de introducir el pensamiento de Gadamer, es preciso recordar la idea que nos atañe en este apartado, la concepción metafórica de la narración histórica como gestora de orden, cuya explicación se basa en un devenir de hechos entrelazados por la relación causal entre la potencia y el acto. La narración histórica basada en el «hecho histórico» que hemos descrito como una estructura arquitectónica estática y verdadera nos remite al motor inmóvil de Aristóteles. Por eso es fácil confundir un discurso histórico completo como verdadero en tanto que edificio terminado con una estructura sólida e inamovible, donde cada parte es necesaria para su sostenimiento. Pero como hemos dicho ya, en el mundo real esto es rebatible, la corrosión no perdona y la causa material en algún momento resulta insostenible. Un hecho histórico resulta insuficiente para sostener una realidad.

Por ello, Dilthey da cabida a un conjunto de realidades que conforman la realidad de nuestro mundo. Nosotros consideramos que la pluralidad de realidades hace menos débil la estructura, suponemos que, cuanto más incluyente, mayor será la superficie que abarque del mundo y un horizonte más amplio resultará más próximo a la realidad. Además, Dilthey nos habla de las vivencias, no de hechos históricos, pues en esa pluralidad de devenires reconoce diversos contextos. Pero, al fin y al cabo, nos habla del devenir, de un movimiento del no ser al ser, de la potencia que resulta en un acto, de un efecto producto de una causa. Lo cual significa para nosotros que

Dilthey propone un proceso histórico necesario, una diversidad de procesos entrelazados por un orden.

Entonces, la creencia en un discurso histórico ordenador es insostenible en tanto que sitúa las bases de la realidad histórica en el objeto interpretado, el hecho histórico, y en la relación que tiene con otros objetos, su devenir. No obstante, el discurso histórico ordenador nos permite sostener una relación contextual. Pero aún no hemos contemplado en qué medida interviene el sujeto en el proceso de interpretación que otorga orden y necesidad a la historia.

Historiografía del azar, la posibilidad de un orden equívoco

Líneas arriba explicamos que el hecho histórico es insostenible en la realidad, asimismo, que no hemos contemplado la intervención del sujeto en el proceso de interpretación que implica la narración histórica. Consideremos ahora que, si el sujeto no conoce un hecho histórico, por la imposibilidad de objetividad, entonces contempla un fenómeno de la realidad.

Pero, más allá de contemplar, el sujeto tiene un papel activo en el proceso de interpretación: mediante la narración histórica participa en la construcción del fenómeno histórico. Hablamos, en palabras de Gadamer, de una experiencia de la realidad desde la cual comprendemos el fenómeno histórico. Gadamer deja atrás las ideas concebidas por Schleiermacher y el romanticismo, cuya metodología de la interpretación pretendía la verdad objetiva de la ciencia para buscar las verdades de la experiencia humana. «Comprender e interpretar textos no es sólo una instancia científica, sino que pertenece a la experiencia humana del mundo» (Gadamer, 2003: 531). De acuerdo con Gadamer comprendemos el mun-

do a través del lenguaje, a partir de la interpretación del discurso, pues siempre estamos interpelados por una tradición que hemos aprehendido y nos permite comprender. El autor sostiene que constituimos el mundo desde la experiencia humana en el tiempo a partir de la tradición, la memoria y el pasado; así le damos sentido a lo acontecido. Gadamer considera imposible dissociarnos de la tradición. No obstante, la tradición puede ser cuestionada, en tanto que se encuentra en nuestro horizonte de interpretación como parte de nuestra historicidad; así, podemos decir con el autor que comprender es un modo de ser y de estar en el mundo.

De acuerdo con Gadamer, podemos legitimar el saber de la historia puesto que «la intención verdadera del conocimiento histórico no es la de explicar un fenómeno concreto como un caso particular de una regla general [...]. Su fin verdadero [...] es sobre todo el de comprender un fenómeno histórico en su singularidad» (Gadamer, 1993: 43). Lo cual significa que la historia tiene también la capacidad de comprenderse a sí misma.

Para Reinhart Koselleck, la hermenéutica de Gadamer contiene, tanto implícita como explícitamente, la pretensión de aprehender la Historia. Esto significa que, «para poder vivir, el hombre, orientado hacia la comprensión, no puede menos que transformar la experiencia de la historia en algo con sentido, por así decirlo, asimilarla hermenéuticamente» (Koselleck, 1997; 69). Dar sentido en el proceso de interpretación significa otorgarle cierto orden a la realidad a través de la narración histórica. Para Koselleck, el sentido no se reduce al mero lenguaje, lo que significa que la experiencia histórica no puede reducirse a éste, por lo cual habrá que tomar en cuenta la trama extralingüística. El autor señala que hay que reconocer el nexo entre el acontecimiento y su representa-

ción. Ambos autores, Gadamer y Koselleck, apuestan por la apertura de sentido para comprender nuestra historicidad y nuestra realidad. Y la apertura no significa otra cosa que el reconocimiento de la equívocidad y la pluralidad de sentido.

Por otro lado, Paul Ricoeur se plantea la pregunta de si la historia es, o no, una narración. El carácter narrativo de la historia nos habla de un vínculo entre historia y narración, a partir de la narración podemos poner en juicio la objetividad de la historia, pues la narración no siempre es historia. Ricoeur reconoce el carácter auto explicativo de la narración y sostiene que el vínculo entre narración e historia es innegable, pues el trabajo de historiar es hacer memoria de lo ocurrido en el pasado y esta operación es el vínculo entre ambos procesos: el de narrar y el de hacer historia, la actividad con carácter temporal de contar la experiencia humana. Es en la narración cuando el tiempo se vuelve tiempo humano. Nosotros agregaremos también la apropiación del espacio, haciéndolo humano a partir de la narración.

Ahora comprendemos mejor la magnitud del trabajo de historiar: el peso de la historia es lo que se echa a costas un historiador comprometido con la tarea de entender el pasado desde el presente o el presente desde el pasado. Nosotros consideramos que el mundo se conforma a partir de sus relatores.

De lo hasta ahora expuesto queremos señalar algunos puntos. Coincidimos con Gadamer en que es posible legitimar el saber de la historia, en tanto que podemos conocer el fenómeno histórico en su singularidad. Asimismo, del autor rescatamos la idea de que comprender es una forma de estar en el mundo y que además esta comprensión implica la apertura del ser. Luego, podemos hablar de narraciones en plural. La pluralidad de narraciones es lo que conforma la

realidad y, siguiendo a Ricoeur, podemos cuestionar la narración histórica con base en la experiencia de un fenómeno, pues la construcción de sentido responde a un horizonte de interpretación singular.

Entonces, entendemos la comprensión como el proceso de interpretación mediante el cual se construye la narración de la historia, es un modo de estar en el mundo, un modo propio de los seres humanos. Pero la narración histórica es una forma de dar sentido al mundo que genera una realidad, es una perspectiva que emerge de un horizonte de interpretación concreto. Dicho lugar genera un orden significativo pero parcial que comprendemos como proceso histórico. Éste es un conjunto de hechos relacionados entre sí por causa y efecto, que evoluciona a través del tiempo y puede sincronizarse de manera simultánea con otros procesos. Su lógica nos resulta insostenible sin violentar otras perspectivas, es decir, más allá de una narración histórica. Ahora quisiéramos explicar esto con un ejemplo de *La invención de América*, de Edmundo O' Gorman.

La pluralidad es un rasgo cultural distintivo de nuestro país, desde la época prehispánica hasta nuestros días. Para abordar la historia de México, Edmundo O' Gorman nos plantea *La invención de América* en lugar de la narración del descubrimiento de América. Esto nos permite mostrar la relevancia de la lectura y relectura de la historia, que no es otra cosa que la interpretación y reinterpretación de un fenómeno histórico y sus consecuentes narraciones. La idea de que América no fue descubierta, en tanto que no existía, sino inventada, coincide con nuestra perspectiva sobre la narración de la historia, lo cual es un acto de apropiación posterior a la interpretación que culmina con la manifestación de un discurso que crea una realidad.

Consideramos que a partir del discurso histórico se compone la realidad de lo que es el pasado, a partir del cual se conforma el presente y se proyecta el futuro. Es por ello que la narración de la historia es la trama fundamental de nuestra reflexión. Recordemos que nuestro interés actual es la comprensión de la historia a partir de la contingencia y el azar. Al respecto Aristóteles señaló que existe una íntima conexión entre el azar y la acción humana que se fundamenta tanto a nivel discursivo como práctico. Aristóteles sitúa la pregunta por el azar en el horizonte del tiempo y del movimiento. Esto demanda un espacio ontológico contingente, una dimensión del ser y un modo de dar sentido al mundo.

La comprensión con base en la contingencia nos permite abordar sucesos más allá de una interpretación teleológica. En el caso de los acontecimientos históricos, la relación se entendería como un encuentro y no una relación de causa y efecto. Incluso en la concepción de proceso histórico se puede leer como una serie de encuentros contingentes entre eventos. Es decir, sin una causa determinada, salvo por el hecho de que la conexión que se establece entre historia y realidad es la narración, lo cual implica la interpretación de un sujeto que relata. Entonces, el relator sería algo así como la causa eficiente de la realidad que emerge de la narración histórica. Pero sólo a nivel discursivo, lo que venimos tratando de sostener es que la causalidad entre los acontecimientos históricos tiene sentido en la narración y que eso no significa que fuera del discurso histórico estén encadenados de forma necesaria.

El azar tiene mucho sentido lingüístico: «Cristóbal Colón descubrió América por casualidad». La casualidad es la relación entre una serie de sucesos. Sabemos que Colón no tenía intenciones de descubrir un nuevo continente. Pero la

narración también nos explica que el hecho de que Colón se topara con un nuevo continente era necesario con relación a la ruta que tomó, la casualidad se explica a partir de la ignorancia y desconocimiento del mundo. No obstante, podamos sostener o no la contingencia en el discurso, sea cual sea la versión que podamos sostener discursivamente, lo relevante aquí es que de dicha narración emerge una realidad. Sólo podemos dar sentido a lo que ya ha pasado y esto es lo que creemos saber de cierto. Pero no sabemos, sólo interpretamos. No obstante, el significado que damos al pasado a través de la narración histórica, su legado, la tradición, dan forma a nuestro presente y dan forma a nuestras decisiones.

El lugar de enunciación o nuestro horizonte histórico

Hasta ahora hemos dicho que la labor de la historiografía es la de interpretar, que el sujeto que interpreta es quien da sentido a los fenómenos históricos a partir de su narración, que es en el relato donde podemos sostener una relación necesaria o azarosa entre dichos fenómenos, pero no fuera del discurso; y finalmente, que lo relevante para nosotros es que del horizonte de interpretación que emerge el discurso se crea una realidad.

Así fue como llegué a sospechar que la clave para resolver el problema de la aparición de América estaba en considerar ese suceso como el resultado de una invención del pensamiento occidental y no ya como el de un descubrimiento meramente físico, realizado, además, por casualidad (O' Gorman, 2006: 9).

A partir de ello podemos señalar que el «lugar de enunciación» desde el que emerge la narración del descubrimiento de América es la tradición occidental. Una segunda interpretación, es que la invención de América surge de otro espacio epistemológico.

No obstante, O' Gorman está inmerso en la tradición occidental, su lugar de enunciación es una fusión de horizontes posterior a la conquista, el virreinato, la independencia y el mestizaje. La realidad histórica que nosotros conocemos no ha sido siempre así. Con cada hallazgo, la historia ha nutrido nuestra realidad y conformado el mundo. Algunas veces, las historias que nos contamos resultan falsas y son sustituidas; otras veces, simplemente son suplantadas por otras que resultan más certeras. Para Edmundo O' Gorman, el acontecimiento del descubrimiento América se asemeja al primer caso. El autor sostiene que no pudo ser descubierta América, en tanto que no existía, y por ello América es una invención que se adoptó como realidad histórica y provocó consecuencias específicas en una región y en la definición de un contexto.

Hasta nuestros días, la invención de América es parte de nuestra historia y su legado es una realidad. Todos los relatos son una construcción y representan el pasado de nuestra realidad presente. Independientemente de la veracidad o falsedad del relato, éste se vuelve parte de nuestra realidad; al menos hasta que conocemos nuevas versiones, que se van integrando a nuestra historia y contribuyen a la definición de nuestro pasado, pero desde el presente, por lo que esa integración es un proceso que requiere tiempo. Por ejemplo, a partir del descubrimiento de América y la colonización española y portuguesa podemos hablar de dos etapas de la historia, el periodo colonial y el periodo poscolonial de Amé-

rica. Pero a partir de la idea de O'Gorman de la invención de América podemos hacer una reinterpretación de nuestra historia, incluso una relectura de los dos periodos mencionados. Estos dos periodos son nuestra historia, aunque consideremos el descubrimiento de América como un relato equívoco, es decir, sujeto a diferentes interpretaciones. Otro ejemplo que cabe puntualizar es el de que, jurídicamente, México no fue una colonia sino un Virreinato. Las relecturas que se hagan del pasado tendrán que reconocer esa historia, pero también el hecho de que fue creada y escrita desde una perspectiva parcial, y por ello, carente de objetividad.

Esta revisión espacial del discurso, el reconocimiento de diferentes espacios epistémicos dentro de un mismo contexto y situar el «lugar de enunciación» del sujeto, se fundamenta en la teoría poscolonial y el deconstructivismo. A partir de este análisis podemos reconocer la subjetividad de las narraciones, tener una visión crítica sobre el discurso vigente, reconocer la imposición de unos discursos sobre otros y la omisión o desaparición de algunos otros con relación a la historia preservada. Este análisis también nos permite estudiar el espacio en el que se sitúa el sujeto que emite el discurso. Es necesario distinguir este espacio del contexto y del horizonte de interpretación.

El horizonte de interpretación es, de acuerdo con Gadamer, una concepción ceñida por la tradición del sujeto, y otorga una visión del mundo que luego es representada en textos como los relatos históricos. Así, la comprensión del sujeto se circunscribe a su horizonte de interpretación, éste no es cerrado y se puede fusionar con otros horizontes que posibilitan la aperturidad de la historia. Por otro lado, el contexto se refiere a las circunstancias que rodean al sujeto e influyen en la significación y en el proceso de interpretación. Pueden coincidir

con el horizonte de interpretación o no. Ambos, el horizonte de interpretación y el contexto, reconocen el carácter situacional de toda comprensión. De acuerdo con esto, la hermenéutica histórica nos permite definir los significados que representan una función desde la enunciación, es decir, nos permite comprender la intencionalidad de un discurso histórico.

No obstante, el espacio al que nosotros nos referimos se distingue de los dos anteriores porque considera el discurso que antecede y se manifiesta en la narración (interpretación de la historia); dicha narración legitima a nivel estructural el discurso que le antecede, y al mismo tiempo refrenda en él su intención y sentido. Este espacio es el «lugar de enunciación», una categoría analítica que busca deconstruir el discurso y considerar las fuentes estructurales en la producción de sentido que genera la narración. La creación de sentido es una representación de la realidad. Creemos que es ahí donde emerge la posibilidad de que la realidad adquiera nuevos matices, en relación con la producción de sentido y significado.

Ahora veamos las consideraciones teóricas del planteamiento filosófico. La categoría «lugar de enunciación» aparece constantemente en la teoría de Walter Mignolo. Este concepto tiene que ver con el interés del autor en el ámbito espacial, y nos sugiere que, para comprender el pasado y hablar sobre el presente, se requiere de un lugar. El «lugar de enunciación» no se refiere necesaria y exclusivamente al territorio geográfico, no se trata de una mera localización domiciliaria, sino que remite al espacio epistémico que se habita, esto es, el *locus* de enunciación que se asume y desde el que se ejerce la acción de comprensión hermenéutica.

Así, el lugar de enunciación se construye a partir de los legados culturales, puesto que esta categoría nos permite evaluar el discurso, pero también el territorio y las raíces

de donde emerge. No resulta únicamente una perspectiva o punto de vista particular, pues manifiesta la tensión que sostiene con otros discursos. Concretamente, el «lugar de enunciación» es un espacio epistémico desde el cual se articula el horizonte de interpretación, nos remite a la base del sistema cultural que se expresa por medio de un discurso individual. En otras palabras, es el espacio que delimita el conocimiento de la realidad con base en un mecanismo estructural. Es evidente que esta categoría supone una estructura socio-cultural que busca reafirmarse a través de mecanismos de reproducción.

Lo aceptemos o no, la narración de la historia, esto es, la interpretación del fenómeno histórico, no se enuncia desde un «no lugar» o desde un espacio neutro o no contaminado. Ya desde su ubicación espacio temporal y la existencia de su corporeidad, hacen del sujeto un ser situado. Nosotros estamos de acuerdo con que el estar situado define al sujeto, por un lado, y por otro, delimita su visión de la realidad. Lo que nos interesa de la categoría «lugar de enunciación» es que evidencia dichas condiciones, y la conciencia de ello nos permite hacer una revisión concreta de la historia, además de sugerir la discontinuidad de la historia más allá de la narración, en tanto que observamos que puede ser relatada de otra manera. Mignolo sugiere que la identificación del «lugar de enunciación», además de permitir la ruptura de la relación necesaria entre los acontecimientos históricos, posibilita el descentramiento de un solo «lugar de enunciación» del conocimiento, para dar cabida a la pluralidad de espacios epistémicos y sus respectivos *locus* de enunciación. Todo discurso está vinculado al texto que origina,

[...] sobre todo si se trata de un discurso con pretensiones interpretativas de la historia. Este condicionamiento contextual se expresa en el contenido valorativo de dicho discurso, es decir, en aquel contenido que reproduce narrativamente intereses humanos, no pocas veces asociados a relaciones de poder. Pero más allá del discurso hay una historia real, que la narrativa misma puede interpretar con mayor o menor apego a la verdad (Fabelo, 2008: 20).

En este sentido, no pretendemos desmentir una narración histórica o culparla, al menos en principio, sino ampliar nuestra comprensión y acercarnos al horizonte que supone el conocimiento sobre el pasado y sobre nuestra historia. Así, la explicación de O' Gorman, sobre nuestra historia, excluye el «descubrimiento» de América en tanto que forma parte de una explicación que piensa el pasado en función del presente y, éste, en función del futuro.

El mal que está en la raíz de todo el proceso histórico de la idea del descubrimiento de América, consiste en que se ha supuesto que ese trozo de materia cósmica que ahora conocemos como el continente americano ha sido desde siempre, cuando en realidad no lo ha sido sino a partir del momento en se le concedió esa significación, y dejará de serlo el día en que, por algún cambio en la actual concepción del mundo, ya no se le conceda (O' Gorman, 2006: 49).

La historia de América, según la teoría hermenéutica de O' Gorman, consiste en la atribución de sentido a través de la narrativa de los grandes descubrimientos que producen civi-

lización, progreso y que, finalmente y dan lugar a los Estados-nación. En ese sentido, el descubrimiento de América significó el porvenir. La historia no nace del discurso sino de la experiencia del fenómeno, del vestigio histórico, de lo concreto y en tanto que realidad se constituye como un referente objetivo y que permite juzgar la validez de la interpretación subjetiva. Por eso, la reflexión de O' Gorman en *La invención de América* resulta una reinterpretación de la historia, constituye un «lugar de enunciación» y permite nutrir la definición de México a partir de sus historias. De acuerdo con lo anterior, concluimos que la definición de México se compone de varios discursos.

Por ello, es necesario reconocer que cualquier historia general y homogénea falta a otros discursos. La admisión de que a una narración le falten piezas discursivas pone en duda el orden de la historia, lo cual admite el cuestionamiento del supuesto encadenamiento de acontecimientos históricos; y, más allá de debatir la certeza de la narración, nos permite conocer los fundamentos del sentido que concede a la realidad. Así, identificamos el lugar epistémico, conocemos el fenómeno histórico, le otorgamos sentido al mundo, en tanto que concebimos realidades; y, sin embargo, nuestro futuro es incierto.

Bibliografía

- Dilthey, W. (1949). Introducción a las ciencias del espíritu, en *Obras de Wilhelm Dilthey*, México-Buenos Aires: FCE.
- Fabelo, J. (2008). Retos epistemológicos para una globalización alternativa. *Revista Contracorriente*, 4 (7). Sin paginación.
- Gadamer, H. (2003). *Verdad y Método I*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

- Gadamer, H. (1997). Histórica y lenguaje: una respuesta. En Koselleck, R. Gadamer H. *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- Gadamer, H. (1993). *El problema de la conciencia histórica*. España: Tecnos.
- Gaos, J. (1974). Notas sobre la historiografía. En Matute, A. *La teoría de la historia en México 1940-1973*. México: SEP.
- Koselleck, R. (2006). *Historia y hermenéutica*. Gadamer, H.-G. España: Paidós Ibérica.
- Mignolo, W. (2009). *La idea de América Latina*. España: Gedisa.
- Mignolo, W. (2003). *Historias locales; diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. España: Akal.
- Mignolo, W. (1998). Posoccidentalismo: el argumento desde América Latina. En *Cuadernos Americanos*. 64, 31-58.
- O 'Gorman, E. (2011). *México: el trauma de su historia* México: CONACULTA.
- O 'Gorman, E. (2006). *La invención de América* México: FCE.
- Ricoeur, P. (2003). *El conflicto de las interpretaciones*. Argentina: FCE.

Resumen

A nuestro modo de ver, en la narración de la historia hay algo más que la contemplación de la realidad, hay que fijar nuestra atención en el espacio desde donde emerge el discurso. Dicho espacio está delimitado por el concepto «lugar de enunciación» (categoría de Walter Mignolo). Consideramos que el hecho histórico es insostenible en la realidad por la imposibilidad de objetividad y que el sujeto tiene un papel activo en el proceso de interpretación. Nosotros exponemos que el mundo se conforma a partir de sus relatores y que la narración es una forma de apropiación del espacio, haciéndolo humano. Mignolo sugiere que esta categoría, además de permitir la ruptura de la relación necesaria entre los acontecimientos históricos, posibilita el descentramiento de un solo «lugar de enunciación» del conocimiento, para dar cabida a la pluralidad de espacios epistémicos y sus respectivos *locus* de enunciación. Dicha categoría nos permite ampliar nuestra comprensión y acercarnos al horizonte que supone el conocimiento sobre el pasado y sobre nuestra historia.

Palabras clave: narración, Mignolo, lugar de enunciación, historia.

Abstract

From our point of view, there is in historical narrative more than contemplation of reality, we must look at the space from which this discourse emerges. That space is delimited by the concept, from Walter Mignolo, of «Loci of Enunciation». We consider that the historical fact is unsustainable in reality, because of the impossibility of objectivity, and that the subject has an active role in the interpretation process. We propose

that world take form from its narrators, and that narration is a way of appropriation of space and make it human. Mignolo suggest that the category of the «Loci of Enunciation» allows the rupture of the necessary relation between historical events and it also makes possible the decenter of a unique «Loci of Enunciation» of knowledge, making place to a plurality of epistemic spaces and their respective enunciation locus. This category allows us to widen our comprehension and approaches us to the horizon supposed in knowledge of our pass and history.

Key words: Narration, Mignolo, Loci of Enunciation, History.